

Miguel Donoso Pareja

Cortázar: Literatura y política

Antes de entrar en el tema de mi participación en esta mesa, quisiera afirmar algo que, a mi juicio, es incuestionable: el caso de Cortázar es un caso de "flagrante honestidad" o, si se prefiere, de "honestidad flagrante". Es decir, la honestidad de Cortázar y su postura política están fuera de la menor duda, tanto por su evidencia como por los riesgos —y esto poco tiene que ver con él— que ha corrido por ellas a causa de la miopía de ciertos sectores de la izquierda incapaces de entenderlo.

A un nivel consciente, la posición de Cortázar es inconfundible, nítida. Hablando sobre el llamado boom de la literatura latinoamericana, por ejemplo, declara estar por "la causa presente y futura del socialismo", cuya marcha y triunfo en América Latina considera "inevitable y en un plazo no demasiado largo". En su entrevista (o serie de entrevistas) con Ernesto González Bermejo, subraya que "el socialismo", en el plano político, "es una respuesta: la tentativa de cambiar la vida", y que lo que lo despertó a la "realidad latinoamericana fue Cuba" es decir, su revolución.

Sin embargo, Cortázar —con una "honestidad flagrante"— defiende el derecho a disentir, pero siempre que esto se realice en determinadas circunstancias, dentro de una jerarquización. Aquí vuelve a hacerse necesaria la cita, tal vez un poco extensa pero inevitable por la importancia de los conceptos que vierte. En sus palabras en el Acto de Constitución del Jurado del Premio Literario Casa de las Américas, manifiesta: "...los altibajos de todo proceso revolucionario, sea el de Cuba o el de otros países, provocan y a veces por desgracia alimentan los ataques de quienes en nombre de principios o de derechos en los cuales es fácil escudarse, denuncian los errores sin jamás admitir los aciertos, se compadecen del destino de algunos individuos sin jamás admitir el avance de toda una colectividad sometida antaño a la alienación y la explotación y la servidumbre, lo sabemos de sobra: este tipo de ataque se sigue y se seguirá basando en un criterio elitista que nada tiene que ver con las altisonantes profesiones de fe democrática que se escuchan de los mismos labios".

A continuación, tras señalar que nadie como él está en contra de las injusticias individuales, subraya: "Lo que no concibo ni acepto es que so pretexto de postular *a priori* un socialismo perfecto (...) haya intelectuales que se dicen progresistas y que proyectan las denuncias parciales a la totalidad de un proceso, cayendo exactamente en lo que hacen los enemigos abiertos del socialismo. Desde luego esos intelectuales no cuestionan jamás explícitamente la ideología básica, pero tampoco se preocupan por establecer, a ojos de sus lectores, la diferencia capital entre los errores que denuncian y la estructura global, válida y positiva, donde se cometen esos errores y donde una crítica constructiva podría contribuir decisivamente a su eliminación en el futuro".

Pero Cortázar va más allá y dice, esta vez en una de sus conversaciones con González Bermejo: "...el escritor consciente tiene que saber muy bien, antes de hablar, hasta qué punto su crítica puede ser constructiva o negativa. Eso no significa callar cobardemente, sino comprender la diferencia entre tiempo y destiempo, y acatarla revolucionariamente".

El autor de *Rayuela* nos habla entonces de la crítica "desde adentro" —que no es, por su esencia, antirrevolucionaria— y de una jerarquización que tiene que ver con lo positivo del proceso global y no con los intereses personales con los que, en un momento dado, pudiera éste entrar en conflicto. También —y esto es importante— de la manera en que la revolución material —la apropiación por el pueblo de los medios de producción— conduce, por su propia dinámica, a lo que Edgar Morin llama "una revolución de la existencia", y el Che Guevara califica de "el hombre nuevo".

Recuerdo aquí, al citar esta defensa cortazariana de la crítica desde adentro, lo que decía César Vallejo: hay que huir del "leal ciento por ciento", puesto que toda lealtad a ultranza, que se toca con la fidelidad pertruna, puede llevar a la abyección o a la traición.

Después de comprobar con estos pocos ejemplos —habría muchos más— lo que es, sin duda, una expresión de conciencia que niega (o se opone a) la ideología de la clase en el poder, esto es, una contraideología en el sentido clásico del término, debemos considerar otras declaraciones de Cortázar, ligadas con asuntos diferentes y, en especial, con el fenómeno mismo de la ficción en literatura.

Las enumeraré, sin citar fuentes, en el siguiente orden:

1. "Si yo me hubiera quedado en Argentina probablemente no habría llegado a entender lo que pasaba en mi propio país".
2. "Aun cuando hago literatura con contenido político —como en el *Libro de Manuel*— estoy haciendo literatura. Lo que trato es, simplemente, de colocar el vehículo literario, no diré al servicio, sino en una dirección que creo que puede ser útil políticamente. Me parece que ése es el caso del *Libro de Manuel*".
3. "Yo tengo conciencia que es un libro [el *Libro de Manuel*] que tiene múltiples limitaciones, entre otras cosas, porque fue escrito contra

reloj, procurando que su aparición tuviera el máximo efecto político posible"; y

4. "Nada puede parecerme mejor que hoy se escriban buenas novelas inmersas en el «contexto sociocultural y político», y que esas novelas sean profusamente leídas y ayuden a incrementar la conciencia revolucionaria latinoamericana; pero cuidado con negar a otros novelistas (...) el derecho a búsquedas más enrarecidas, a experiencias más vertiginosas".

En lo que respecta a la primera afirmación —que tiene que ver con el "pecado" del "exilio voluntario" (el "exilio forzoso" siempre es bien visto)— ésta ha sido criticada siempre dentro de los parámetros del llamado "difusionismo romántico", que Hernán Vidal define, y dice que se prolonga como actitud en la actual narrativa latinoamericana, de esta manera: "El argumento difusionista parte de una evidencia empírica; por sus viajes, sus conexiones y consumo internacionales las burguesías nacionales pueden dar y aportar pruebas cabales de la superioridad cultural de las naciones hegemónicas con cuyas burguesías tienen intereses comunes". Las consecuencias de esta actitud han sido, prosigue Vidal, "la importación masiva de recursos financieros, equipos, maquinarias, procedimientos productivos, modas, *estilos, formas estéticas*, artículos de consumo, etc., etc."

Así, Vidal considera que la reacción frente a las estrechas condiciones de sus medios respectivos fue, en una buena parte de los escritores latinoamericanos, en concreto los del llamado boom, "transnacionalizarse" y que "se habló de un *exilio voluntario* con resabios románticos decimonónicos".

Sin embargo, Hernán Vidal no está tomando en cuenta algunas cuestiones fundamentales. Por ejemplo, que no todos los integrantes del boom latinoamericano importaron "estilos, formas estéticas", ni estuvieron imbuidos de una ideología romántico-liberal (de "resabios románticos decimonónicos") sino que algunos, entre ellos Cortázar, se situaron en la lucha antimperialista y por el socialismo; y que la cultura universal, si es considerada en su verdadero contexto, también puede aportar y de hecho ha aportado elementos liberadores. "El estudio y profundización de nuestro país, de nuestra cultura, de nuestra personalidad como nación, de los elementos que la integran y de sus líneas de desarrollo, a lo largo de más de cien años de lucha, señala un documento cubano, citado por Nils Castro, "es actividad imprescindible" (para estar) en condiciones de encarar con más fuerza y eficacia la penetración cultural imperialista y poder discernir del conjunto de ideas e influencias contemporáneas cuáles debemos aceptar y cuáles rechazar. El árbol de nuestra cultura será el fruto de este trabajo en el que nos afirmaremos en primer lugar en nuestra condición nacional y latinoamericana, punto de partida para una asimilación crítica de la cultura universal".

Además, Vidal toma la *cultura universal* en forma genérica y abstracta —que es concreta y específica con relación a los centros hegemó-

nicos del poder económico y cultural— sin situarla en su contexto real, esto es, en sus interacciones con cada una de las culturas nacionales y sus intereses verdaderos. Aquí cabe reproducir las siguientes palabras de Nils Castro: “En consecuencia, contra la cultura genérica «universal» impuesta sobre los explotados propios y foráneos por la burguesía de las metrópolis imperialistas —directamente o a través de sus oligarquías satélites—, oponemos el internacionalismo revolucionario de nuestras propias culturas, que «incluye», subraya Lenin, «sólo una parte de cada cultura nacional a saber: el contenido consecuentemente democrático y socialista de toda cultura nacional»”, y excluye, agregaría yo, los elementos enajenados y negativos que igualmente forman parte de ella. En esta tesis se encuentra la actividad de dos de los narradores más significativos del llamado boom de la literatura latinoamericana: Julio Cortázar y Gabriel García Márquez, puesta de manifiesto en sus declaraciones y en su actuación pública.

Por otra parte, también el “exilio voluntario” varía en cuanto a actitudes, y mientras a unos les sirve para “enamorarse” y olvidar (o despreciar) sus culturas de origen, a otros les es útil para tomar una perspectiva que les permite una mirada más objetiva en relación a sus propios países. Tal es el caso de Cortázar.

La segunda declaración tiene que ver directamente con cuestiones relativas a la autonomía y a la especificidad literarias; “trato (...) de colocar el vehículo literario, no diré al servicio, sino en una dirección que creo que puede ser útil...”, dice Cortázar, y se ubica nítidamente en el criterio de que la literatura procede de la realidad —incluso en sus áreas más fantásticas—, pero ni la reproduce ni la sustituye, es siempre literatura, es decir, una ficción, un artificio, ideología y praxis simultáneamente, conllevando, por tanto, su acción, sin entrar “al servicio de”, aunque pueda ser útil en el sentido de dar un testimonio de su tiempo y de su espacio y en el de concientizar a plazos a veces mediano y, por lo general, largo.

La tercera puntualización de Cortázar nos habla de saber que el *Libro de Manuel* tiene limitaciones y que esto se debe a que fue escrito con cierto sentido de oportunidad política. En alguna medida, existe contradicción entre esta propuesta —escribir *en función de*— y la anterior: escribir desde una realidad determinada, sin estar al *servicio de*. Esta postura nos acercaría a los planteamientos de Benedetti sobre la necesidad de hacer una escritura de emergencia cuando las circunstancias anteponen la obligación humana a los deberes de escritor, es decir, salirse de las reglas del juego propias y de la especificidad de la literatura, para entrar a otros dominios sin que los factores constructivos —así lo diría Tinianov— de sistemas distintos y mayores entren a formar parte del sistema concreto, específico y autónomo del texto en forma cofuncional.

Por último, Cortázar remarca que nada puede parecerle mejor que hoy se escriban novelas en el contexto sociocultural y político, pero tam-

bién que no se puede condenar a esos escritores que se interesan en otras búsquedas. Esto, que muchos podrían considerar reaccionario, coincide plenamente con la posición de marxistas eminentes. Gramsci, por ejemplo, quien señalaba que hay escrituras que expresan los elementos más avanzados de la conciencia popular, que están en la "punta histórica", otras que recaen sobre los elementos más reaccionarios y finalmente aquella que combinan, en su estructura de contenidos, todos los factores que se dan en una sociedad determinada. Fidel Castro, por su parte, subrayó, en un discurso dirigido a los intelectuales cubanos: "en la revolución todo, contra la revolución nada".

En lo que respecta a la autonomía y la especificidad de la literatura, creo que bien vale la pena citar a Engels, quien remarca: "...opino que la tendencia debe surgir con naturalidad de las situaciones y de la acción, sin que sea necesario que se la señale de manera especial, y que el autor no está obligado a presentar al lector la futura solución histórica de los conflictos sociales que describe (...) la novela de tendencia socialista cumple, a mi juicio, íntegramente su objetivo cuando refleja con veracidad las relaciones reales, rompe las ilusiones convencionales que predominan sobre aquéllas, conmocionan el optimismo del mundo burgués y siembra dudas respecto de la inmutabilidad de las bases en que descansa el orden existente, aun cuando el autor no proponga una solución determinada o no se coloque siquiera una sola vez de manera ostensible en un campo dado".

Ninguna duda cabe de que Cortázar está, en cuanto a su dimensión política, dentro de los parámetros que hemos bocetado anteriormente, y que contestando, incluso directamente, aquello de la transnacionalización de los escritores en exilio voluntario, escribió su cuadernillo —mitad cómico, mitad literatura— *Fantomas contra los vampiros multinacionales*, en el que aborda y combate el tema y termina (o casi) afirmando: "—Lo bueno de las utopías —dijo claramente una voz afro cubana que resonaba como un cascabel—, es que son realizables. Hay que entrar a fajarse, compañero, del otro lado está el amanecer, y yo te planteo que..."

En relación concreta a su literatura de ficción, mucho se ha dicho sobre los elementos reaccionarios que aparecen en la obra de Julio Cortázar. Desde la *Maga*, tan cuestionada por Jaime Concha, hasta sus cuentos "La noche de Mantequilla" y "Alguien que anda por ahí", pasando desde luego, por el *Libro de Manuel*.

Y si bien es verdad que todos nos enamoramos de la *Maga* precisamente por su sintaxis tan dentro de una psicología social pequeñoburguesa, también es cierto que podemos hacerlo en virtud (¿o defecto?) de nuestra propia psicología social pequeñoburguesa, aun siendo marxistas.

Lo que sucede es que el escritor no es una ente lequía, no es un ángel asexual y mofletado, sino un ser de carne y hueso, alguien inscrito,

inserto en el contexto social, tan sujeto a la manipulación ideológica de la clase en el poder como cualquier hijo de vecino. Por razones obvias tiene, por supuesto, un grado de conciencia más alto, pero éste nunca llega a la pureza absoluta. Es decir, el inconsciente existe, la psicología social es algo real y, sin darnos cuenta, los elementos reaccionarios afloran en lo que escribimos, por más alto grado de convicción que tengamos a nivel consciente y pese a todo lo que podamos demostrar en nuestras acciones favorables al cambio hacia el socialismo.

Esta, que es una afirmación de humildad, puede convertirse en un desafío, sin que por ello se llegue a la soberbia, y se traduciría en la frase bíblica de que el que se sienta libre de pecado que lance la primera piedra.

Al defender este punto, bien podemos apoyarnos en la afirmación citada antes de Gramsci, completándola con la validez que él le da a cualesquiera de los tres tipos de escritura que describe, o en los planteamientos de Goldmann sobre la existencia no de un autor individual sino de un autor plural que, como un espejo, refleja las condiciones, posibilidades y limitaciones de un tiempo y un espacio, a tal punto que en autores declarada, confesamente reaccionarios, por la misma dinámica social desde la que se expresan, pueden encontrarse elementos progresistas y hasta revolucionarios, y viceversa.

En definitiva —para mí—, creo que Cortázar ha hecho importantísimos aportes a nuestra narrativa y que de alguna manera estamos en deuda con él, como lo estamos con Macedonio Fernández, Pablo Palacio, Juan Emar, Borges, Roberto Arlt, los realistas sociales de los años treinta y tantos más que nutren la historia de nuestra literatura, aunque la literatura, en última instancia, no tenga historia propia sino aquella historia de la que emerge.

Y entre esos aportes están la verticalización del discurso llevada hasta sus últimas consecuencias, sus posturas insoslayablemente al lado de las causas populares, la reincorporación de la política a su narrativa —cuando esto era casi un pecado de lesa literatura— e, incluso, su declaratoria de la necesidad de la emergencia cuando la escritura debe convertirse en un instrumento políticamente útil, expresiones mayores de lo cual son el *Libro de Manuel*, escrito con ese propósito declarado, y *Fantomas contra los vampiros multinacionales*, texto en el que intenta organizar su discurso con formas masivas de expresión dentro de su búsqueda de una mayor contundencia.